

RESEÑAS DE LIBROS

KARL W. DEUTSCH, LEWIS J. EDINGER, ROY C. MACRIDIS Y RICHARD L. MERRITT, *France, Germany and the Western Alliance*. Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1967, 324 pp.

En el verano de 1964, los profesores Deutsch, Edinger, Macridis, y Merritt, todos ellos renombrados politólogos norteamericanos, trataron de elucidar las opiniones de las élites en Francia y la República Federal Alemana, en lo relativo a los amplios problemas de la integración y el control de armas en Europa. En forma oral, y por cuestionario, entrevistaron a 147 franceses y 173 alemanes occidentales, representantes de élites políticas, militares, intelectuales, empresariales, laborales y religiosas. Trataban de identificar corrientes de pensamiento, más bien que de analizar las situaciones políticas existentes y ofrecer respuestas definitivas a sus problemas. Para fines de su investigación, la opinión de la élite se definió de manera que incluyera las opiniones de quienes toman decisiones, formal e informalmente, en un grupo dado a nivel nacional.

El libro se divide en cuatro partes, cada una de ellas escrita por uno de los autores. El profesor Merritt, de la Universidad de Yale, explica el objetivo y el método de realización del estudio, en un breve capítulo introductorio. Plantea igualmente el problema del disputado valor de las entrevistas a las élites; y lo resuelve sugiriendo que, entre otras razones profesionales, la identificación que ahora se haga de las élites puede volver más fácilmente predecible su identificación en el futuro, ya que en la mayor parte de las sociedades estables —y el autor incluye a Francia y a Alemania Occidental en esta categoría— los líderes de hoy reclutan y promueven a las élites de mañana a puestos de poder, y tienden a favorecer a los de su propia clase. Contra este argumento se pueden formular algunas objeciones. Por ejemplo, ¿de qué sirve conocer las actitudes de las élites en un sistema político en que un solo hombre —De Gaulle, en el caso de Francia— determina el camino a seguir? o bien, ¿En verdad revelan tales opiniones las actitudes reales? Una clara conciencia de estas objeciones, y de otras relacionadas, así como de la imposibilidad de contestarlas con un “sí” o un “no” categóricos, facilitó la obtención de los objetivos de los autores, o sean los de determinar las corrientes de pensamiento, más bien que los hechos políticos y su interpretación.

En los capítulos 2 y 3 se presentan los datos obtenidos con los cuestionarios y entrevistas. El profesor Macridis, de la Universidad Brandeis, analiza las actitudes francesas, en tanto que el profesor Edinger, de la Universidad de Columbia, se ocupa de las opiniones de las élites alemanas. El profesor Deutsch, también de la Universidad de Yale, compara las actitudes alemanas y francesas, en el ambiente político europeo.

Específicamente, ¿cuáles fueron las preguntas que se formularon en ambos países? ¿Difirieron sustancialmente, en Francia y Alemania Occi-

dental, las respuestas a la misma pregunta? Y también, ¿qué conclusiones pueden inferirse de estas investigaciones?

En 1964, los europeos estaban preocupados fundamentalmente con tres cuestiones, a saber: 1) La integración económica y política del continente; 2) El papel que en este proceso habría de jugar la Alianza Atlántica, y en particular Estados Unidos; y 3) Los problemas del control de armas y el desarme. Aun cuando las respuestas de las muestras de las élites francesa y alemana difirieron en algunas preguntas específicas, se descubrieron ciertos esquemas de pensamiento que se mostraban idénticos en algunas cuestiones que están más allá de las consideraciones e intereses nacionales inmediatos de Francia y de Alemania Occidental.

Por ejemplo, los cuatro investigadores encontraron que tanto los representantes de Francia, como los de Alemania Occidental, se mostraron considerablemente *amistosos* hacia Estados Unidos, pero las críticas y el temor a Estados Unidos eran mucho mayores en Francia que en Alemania. A la pregunta ¿con qué país mantendrá Alemania Occidental intereses comunes por largo tiempo? el 72 por ciento respondió señalando a Estados Unidos, y el resto a Francia. Sería muy interesante obtener las cifras correspondientes a 1968, ya que en los meses recientes ha crecido aceleradamente el sentimiento antiamericano en Europa, y particularmente en Francia y Alemania, como resultado de la creciente intervención de Estados Unidos en el sudeste asiático. En cambio, los representantes de las *élites* francesas pensaban, en 1964, que el motivo principal de fricción entre Estados Unidos y Francia lo podría constituir la política de ambos países en relación con la OTAN; en 1967 Francia se separó de la OTAN, y se estableció como una potencia nuclear independiente. Otros motivos de fricción que se mencionaron fueron los objetivos distintos de ambos países en Asia Sudoriental (Francia libró la Guerra de Indochina, y la perdió; los Estados Unidos están involucrados en Vietnam, sin grandes esperanzas de concluir con éxito la guerra), y sus políticas comerciales (Francia se opone a la participación de Gran Bretaña en el Mercado Común Europeo, en tanto que Estados Unidos la favorece). Es claro que la actitud de ambos países hacia Estados Unidos —individualmente o dentro del marco de la Comunidad Atlántica— se finca en convicciones diferentes: En tanto que Alemania considera esencial para la estabilidad económica y política del continente el interés norteamericano, y un cierto grado de participación norteamericana en Europa, la relación de Francia con Estados Unidos está fuertemente influida por elementos ideológicos tales como la fe en la calidad única de Francia y su civilización, una innegable vocación de líderes europeos, y un gran orgullo por la historia francesa.

En forma similar, las reacciones en Alemania Occidental y Francia, frente a cuestiones relacionadas con el control de armas y el desarme, estaban motivadas por las diferentes situaciones nucleares existentes: Francia posee un potencial nuclear y lo ha mostrado, en tanto que la República Federal de Alemania ha renunciado en forma inequívoca a adquirir, almacenar y producir armas nucleares. En consecuencia, Francia puede desarrollar un potencial que la República Federal ni siquiera posee. A pesar de ello, la opinión de las *élites* en ambos países recono-

ce la necesidad del control de armas, de la no proliferación de armas nucleares, y del desarme general.

La conclusión general de los cuatro investigadores es la de que, en vista de la precaria interacción de los esfuerzos en pro de la integración que resulta de los procesos políticos, económicos, históricos y militares, el movimiento en favor de la unidad europea ha disminuido desde 1957, y que en ambos países ha contribuido grandemente a ese resultado el resurgimiento del nacionalismo. Los autores concluyen que en 1964 —y esto es cierto también en 1968— no existía un interés común, en Francia y Alemania Occidental, suficiente para emprender el gran esfuerzo necesario para echar a andar de nuevo el movimiento de integración.

Como lo sugiere el profesor Deutsch, esta es una situación intranquilizante, pero no desesperada. Se puede esperar razonablemente que, en la próxima década, los sucesos políticos y económicos volverán a ser favorables para la cooperación y la integración europea, aunque tal vez los Estados Unidos desempeñen un papel diferente.

Las investigaciones se realizaron en 1964, y se publicaron en 1967. Sin embargo, en los tres años transcurridos han ocurrido sucesos de la mayor importancia política: ya no es sólo el potencial nuclear de Francia el que no puede pasarse por alto, sino también el de China; la participación de Estados Unidos en Vietnam ha crecido enormemente; Francia se ha separado de la OTAN y ha establecido su propio potencial nuclear; y la idea de una fuerza nuclear multilateral expiró gloriosamente. En consecuencia, ¿los hallazgos de 1964 resultan inoperantes en 1967, o por el contrario las *tendencias* descubiertas en 1964 eran tan fundamentales como para seguir siendo aplicables? Los autores nunca tuvieron la intención de determinar en definitiva las contribuciones de Francia y de Alemania Occidental al establecimiento y funcionamiento de la Alianza Atlántica. Como hemos visto, su objetivo era el de determinar tendencias, y ello lo han logrado en forma experta.

ELISABETH ESSER BRAUN

MANUELA SEMIDEL, *Les Etats-Unis et la Révolution Cubaine*. Armand Colin, Paris, 1968. (Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, núm. 166.)

En 1959 el Movimiento 26 de Julio carecía de ideología; nacional y revolucionario, más que programa constructor tenía un enemigo al que vencer. Mientras estuvo en la Sierra Maestra, Castro aceptaba el vago liberalismo de J. Chibás y en 1959 rechazaba tanto el “pan sin libertad” como la “libertad sin pan”, metiendo en el mismo saco al capitalismo y al comunismo. ¿Cómo explicar, pues, el paso rápido de ese eclecticismo revolucionario a la Cuba socialista? Según T. Draper, fue la necesidad de cuadros disciplinados y capaces, de una ideología estructurada y de una ayuda exterior (“un jefe en busca de un movimiento, un movimiento en busca del poder, un poder en busca de una ideología” *Castro's Revolution*, 1962, p. 40), a lo que Zeitlin y Scheer oponen la